

Así, quedadas a las veces, duermen,  
 residuo al fin de un fuego intacto  
 que si murió no olvida,  
 pero débil su memoria dejó, y allí se hallase.

En primer lugar, la mano, sinécdoque de un todo que es el poeta, realiza la operación vática del descubrimiento de las palabras. Si el poeta se enuncia escribiendo, la mano, gesto de la escritura, traza aquí un movimiento que no es lineal sino de afirmación y negación a un tiempo. El enunciado, de construcción especular, lo confirma. La equivalencia posicional: a hallarlas / a descubrirlas, pone de relieve esta operación de segundo grado en la que el adverbio de negación, sin embargo, desplaza la marca de la construcción direccional de infinitivo: a hallarlas, privilegiando la marca de la construcción: a des-cubrirías, quitarles a las palabras lo que las cubre (el óxido de la rutina, la automatización) para sorprender así la palabra esencial. En este contexto el adjetivo útil, ambiguo posicionalmente hablando, podría vincularse a la mano vática que descubre; en cambio, el adverbio durativo mientras introduce el problema de la evanescencia del lenguaje: la palabra que revela el ser deja de ser, en consecuencia de brillar, una vez revelada. Disyuntiva y contradicción insoluble del poeta moderno: creación / destrucción; libertad / forma; esplendor / consumación.

Sin embargo la contradicción es superada por la enunciación del deseo, que apela a un argumento mítico: el del lenguaje original. Muere la enunciación pero no el lenguaje. La metáfora del fuego intacto se cruza con la concepción heraclitiana del fuego como el principio de las cosas, fuerza viva que todo lo crea y lo destruye en un eterno retorno. El lenguaje es el fuego original, puede morir en su propia evanescencia pero no olvidar. Sólo olvida quien se sabe muerto (como el poeta de la enunciación). Hay una memoria del lenguaje, aun como residuo, que no olvida el ser, a pesar del matiz dubitativo que introduce la violenta marca del subjuntivo, cuya forma enclítica (halla-se) nos remite sin embargo a la inmanencia del lenguaje como memoria de sí mismo.

Pero veamos ahora las últimas dos estrofas:

Todo es noche profunda.  
 Morir es olvidar palabras, resortes, vidrios, nubes,  
 para atenerse a un orden  
 invisible de día, pero cierto en la noche, en gran abismo.  
 Allí, la tierra estricta,  
 no permite otro amor que el centro entero.  
 Ni otro beso que serle.  
 Ni otro amor que el amor que, ahogado, irradia.

En las noches profundas  
 correspondencia hallasen  
 las palabras dejadas o dormidas.  
 En papeles volantes, ¿quién las sabe u olvida?  
 Alguna vez, acaso, resonarán, ¿quién sabe?,  
 en unos pocos corazones fraternos.

La enunciación encuentra en el lenguaje la superación de la muerte y la del nihilismo que conlleva la *o* alexandrina (disolución y asimilación) para dar lugar a una experiencia extrema, en uno de los sentidos que Víctor Massuh le otorga a esta categoría cuya meta no es el rechazo global sino la afirmación que fue gestándose en el seno de la negación, como en la operación poética de este discurso.

Esta vez Morir no sólo es olvidar palabras consumadas sino el *des*-orden, la fragmentación caótica que se produce entre las palabras y las cosas (visión surreal, para dar lugar a un orden otro que, paradójico, muere de día y vive en la noche. Este orden contradice las leyes de la naturaleza y las convenciones del código cultural (donde el día vuelve visible las cosas y la noche las oculta) y se vincula a la experiencia extrema de la enunciación que, desde el lugar del deseo (también de la utopía) le confiere a la noche una marca afirmativa que se cruza con la del código poético de San Juan pero no en el sentido de una experiencia mística sino en el sentido de la oscuridad como otra luz.

La noche no es la nada sino el Todo y es a la vez el gran abismo, la doble marca, determinante, del adverbio *allí*, que nos indica a la vez la tierra, estricta como centro pero no como sepulcro. La tierra es el *locus* de origen (pensamos en el tiempo circular) y también el centro del encuentro amoroso (fusión del *yo* en *tú*), metonimia del beso póstumo que trasciende al sujeto. El discurso poético supera así la teoría metafísica del *Dasein* (la posibilidad de la imposibilidad de ser) que, cuando está muerto, lejos de ser un todo, como el predicado «noche profunda» no es más. Luego, ya con la marca del plural, el predicado nos remite a un *locus* de origen donde las palabras hallan por fin la unidad entre los nombres y las cosas a pesar del subjuntivo, que introduce otra vez la duda, vinculada no obstante al deseo de la enunciación.

Hasta aquí podemos inscribir el discurso en la primera dirección de la filosofía del lenguaje: la que se pregunta por el sentido del ser del lenguaje. Hasta aquí, también el tiempo mítico. Si leemos, en cambio, los tres últimos versos podemos pensar en la segunda dirección de la filosofía del lenguaje: la intersubjetiva y, en consecuencia, en el tiempo de la Historia. Pero

esta dirección, enunciada por Heidegger como la manifestación del ser con otro es puesta en duda, entre signos, por la enunciación. Así la primera pregunta dialógica no sólo se interroga por el *quién* sino por la consumación de las palabras que, insertas en los predicados poéticos del Morir (saber y olvidar), se desplazan a la recepción.

La segunda pregunta suspende la posibilidad del volver a sonar de las palabras y la posibilidad del poema como guía de un diálogo que une a todos en su sentido, si pensamos en Gadamer. La duda, reforzada por los modalizantes alguna vez / acaso y por el tiempo no marcado del futuro (resonarán) condiciona la recepción de las palabras, se impone a la intención ética que connota el sintagma corazones fraternos, ya restringido por el adjetivo pocos. Cabe preguntarse entonces si el poeta duda porque el signo de la utopía (mítico) no entra en el signo de la Historia, del ser con otro, o porque duda como un poeta moderno cuya palabra ya no está encaminada de antemano.

Se trata además en nuestro caso de una enunciación agnóstica que, al carecer de Dios, enuncia la utopía de un lenguaje adámico que lo sustituya. Sin embargo esta ausencia de Dios, esta utopía, superan el nihilismo aparente de la enunciación por una doble experiencia extrema: la de enunciar desde el abismo, que es la noche profunda, la afirmación de un orden otro, que trasciende los límites del lenguaje, su consumación y la afirmación a la vez de un centro original, la tierra, donde el sujeto, al fusionarse, trasciende los límites de una existencia consumada. Unidad original de las palabras con las cosas y del sujeto con la tierra. Pero también enunciación de lo inenunciable: muerte de las palabras, muerte de la enunciación, sólo posible por otra experiencia extrema: la del lenguaje poético.

## **Bibliografía consultada**

ALEIXANDRE, Vicente: *Poemas de la consumación*, Barcelona, Plaza y Janés, 1968.

BARTHES, Roland: *Grado cero de la escritura*, México, S. XXI, 1993.

*El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987.

«Proust et les noms» en *Hommage to Roman Jakobson*, Mouton, La Haya, 1967.

GADAMER, Hans-Georg: *Poema y diálogo*, Barcelona, Gedisa, 1993.

HEIDEGGER, Martín: *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Madrid, Antròpos, 1991.

*El ser y el tiempo*, México, FCE, 1991.

JAKOBSON, Roman: *Poétique 7*, París, 1971.

KRISTEVA, Julia: *La revolution du langage poétique*, París, Du Seuil, 1974.

MASSUH, Victor: *Nihilismo y experiencia extrema*, Buenos Aires, Sudamericana, 1975.

PLATÓN: *Cratilo*: en *Obras Completas*, Universidad de Venezuela, Caracas, 1982.

